



El populismo en la escritura

Rocío Audisio

Resumen: El término “populista” ha logrado convertirse en una acusación para desacreditar a casi cualquier persona, situación u objeto para asociarlo con la barbarie. Es el caso, también, de algunos escritores como Roberto Arlt y Osvaldo Soriano, estigmatizados y criticados por la Academia acusados escribir de manera “simplista”.

Sin embargo, a veces no se llega a un nivel de análisis más profundo: que esa es una decisión política, la de llegar con expresiones culturales accesibles a los sectores humildes. Es entonces que me propongo discutir varias incógnitas: ¿qué significa ser populista? ¿Quiénes lo son? ¿Por qué el término mantiene un carácter peyorativo? ¿Por qué escribir también puede ser una actividad populista?

Palabras clave: literatura - periodismo - escritura - populismo - cultura.

La palabra “populismo” ha variado su connotación a lo largo de los años. Por primera vez fue usada en Rusia en 1870 con un objetivo meramente político: era un movimiento que se oponía a las clases altas. Cuando la Academia tomó el término por primera vez en 1960, lo tergiversó para cambiarle el sentido. En esta década de cambios fue usado para nombrar a los movimientos reformistas latinoamericanos como el peronismo. La causa de la connotación negativa que adquirió en aquel momento fue que estos nuevos tipos de gobierno no seguían las reglas de lo que se consideraba la “democracia normal”, es decir, la democracia liberal europea.

Fue Ernesto Laclau quien creyó necesario crear un nuevo discurso que articulara las diferencias de la sociedad. De esta manera, usó la palabra populismo entendiéndola como una opción contraria a la ideología dominante. Lo que logró Laclau fue cambiarle nuevamente la connotación a la palabra. Como



consecuencia directa, algunos referentes de ciertos movimientos políticos (como el kirchnerismo en la Argentina) comenzaron a llamarse populistas a sí mismos y lograron desafiar el sentido según el cual ser populista era algo malo.

Pero al volverse de uso común el significado del término se descontroló completamente. Desde hace ya un tiempo casi cualquier cosa puede llamarse populista porque esta palabra se volvió una especie de acusación banal que se utiliza simplemente para desacreditar a una persona, una situación y también objetos buscando asociarlos con lo vulgar, con la barbarie.

Críticas de las élites: Arlt y Soriano

Así es que hasta las diferentes expresiones artísticas y culturales también pueden ser llamadas populistas por estar dirigidas y pensadas para los sectores más bajos de la sociedad. Sin embargo, esto no es algo nuevo: sucede hace décadas en nuestro país y es el caso de algunos textos literarios y sus autores. Por ejemplo, dos de los escritores argentinos más reconocidos, pero también criticados, fueron Roberto Arlt y Osvaldo Soriano.

Los dos eran de clase media baja e hijos de trabajadores, uno de inmigrantes y el otro de empleados estatales. Se iniciaron en el periodismo gráfico y vivieron de él, fueron en contra de los dogmas y de lo establecido. Ninguno fue a la universidad (Arlt ni siquiera terminó la escuela) pero supieron escribir novelas y textos que se hicieron masivos. Sabían contar. Lo que más tenían era, nada más y nada menos, una firme mirada crítica de la realidad.

La obra de Arlt logró describir con naturalismo y humor las bajezas y grandezas de la sociedad porteña del momento, aquella Argentina de los inmigrantes que intentaban insertarse en esta nueva colectividad llena de desigualdad y opresión. Sin embargo, su obra fue duramente criticada durante la primera mitad del siglo XX, al punto de que su muerte, el 26 de julio de 1942, no resonó en ningún diario porque había una noticia más importante, que Jorge Luis Borges había sido relegado del Premio Nacional de Literatura. Fue leído masivamente, pero se le criticaban sus errores ortográficos y sintácticos. Se decía en aquel momento que Arlt escribía mal, y se lo comparaba con “la buena escritura” de Lugones.



Soriano, por su parte, era muy querido y admirado por algunos de sus colegas, pero también muy criticado por otros. Fue desaconsejado en la Facultad de Letras de la Universidad de Buenos Aires, en donde dieron a leer *Cuarteles de invierno* como ejemplo de lo que no había que hacer. Era un autor que tenía una mirada muy intensa de la realidad. En sus propias palabras en el diario *Página/12*: “Cuando entrego los originales a la editorial es como si recibieran una pierna mía, un hígado. Yo escribo con el cuerpo” (2004), explicaba así el empeño, la vida misma que ponía en su escritura.

Es entonces que puede establecerse una línea que atraviesa a Arlt y a Soriano de manera fundamental. No solo provenían de las masas populares y se iniciaron desde abajo y como pudieron en una escritura desprestigiada, la periodística, sino que también, cada uno en su época, se hizo escritor al margen de la tan prestigiada Academia y los diferentes grupos elitistas, soportando sus duras críticas. Los dos pudieron interpretar todo lo que sucedía en la cotidianeidad, analizarla y traducirla en la escritura en términos de ficción.

Con Soriano y con Arlt se entiende a la Argentina, ya que ellos, en sus obras, captaron también la angustia y frustración de -en palabras de Arlt- un edificio social que se derrumbaba. Dejaron la estampa viva de su época. Arlt la de la Buenos Aires de la década infame, la de esa gente que todavía no se descubría a sí misma; Soriano la de los complejos años 70 en clave política y social. Leerlos es como ver nuestra cultura y sociedad en una viva imagen que denota nuestra identidad. Si siguieran aquí hoy serían quienes narrarían todas nuestras contradicciones y nos retratarían a todos: kirchneristas y antikirchneristas; policía y pibes villeros; medios de comunicación monopólicos y alternativos; patriarcado y feministas. Es con esta literatura con la que se puede entender la historia profunda, su complejidad, revanchismos y contradicciones.

Al nombrar estos actores antagónicos de nuestro presente se vuelve a aquella escritura que no le teme a la confrontación. Los dos en su momento, con una popularidad envidiada, representaron la escoria de la famosa intelectualidad nacional, esa es la prueba de su vigencia y contundencia de su escritura. De esta manera, es inevitable mencionarlos sin nombrar, también, cómo fueron una piedra en el zapato de la Academia por la poca preparación formal que tenían. Soriano es el último escritor de *best-sellers* en nuestro país, aun así sigue siendo



criticado por la élite. Para muchos No habrá más penas ni olvido es excelente por la sencillez y dinamismo con el que cuenta los hechos y conflictos de una parte tan compleja de nuestra historia. Pero, por ejemplo, para la escritora Liliana Heker, es “una simplificación de una realidad que estábamos padeciendo y que nos estaba matando” (1997).

Estos dos autores representan y mantienen viva la discusión entre los que creen que la literatura es el arte solidario de contar historias y esos otros que piensan que esa es solo una estrategia puramente populista. Para Guillermo Saccomanno estas discusiones se dan porque los dos autores son escritores de clásicos y, como tales, se mantienen vigentes. “Un clásico es un texto visionario comprometido con las contradicciones de su presente histórico que, no obstante, dispara más allá, alcanzando otras generaciones, otros espacios” (*Página/12*, 2003).

El populismo en la actualidad

Todas estas discusiones entre actores antagónicos de nuestra sociedad vuelven cada vez con más fuerza a la escena política actual. La Argentina siempre estuvo delimitada por dos campos: civilización y barbarie. De un lado el liberalismo conservador eurocéntrico y del otro quienes encarnaban el ideario nacional y popular: “el populacho”, “los cabecitas negras”, “la grasa militante”.

En la última década, la Argentina tuvo un gobierno populista porque supo integrar a través de políticas públicas a los sectores más humildes de la sociedad que habían sido relegados hasta ese momento. Sin embargo, fue también durante esos años que los sectores económicos poderosos hicieron una campaña mediática de estigmatización. Se instaló la idea de que el populismo es corrupto, totalitario y antidemocrático cuando es un corpus teórico establecido. Así, los conservadores lograron llegar a las urnas. La derecha (como la que hoy gobierna la Argentina) critica a todo lo que tenga que ver con el populismo y le devuelve a la palabra el carácter peyorativo. El pueblo genera en dichos sectores rechazo porque, como explica Nora Merlín en *Página/12*, “representa un problema, una “pesada herencia” que es necesario silenciar” (2016).

Las críticas de clase vuelven a aparecer y nuevamente nos vemos redefiniendo qué significa ser populista, quiénes lo son y



quiénes buscan alejarse lo más posible del término. Tenemos que volver a traer a autores como Arlt y Soriano para poder pensar qué escribimos y a quiénes lo dirigimos. A dichos escritores, como a tantos otros, ayer y hoy, los atravesaban críticas de clase. Por la masa de lectores que supieron conseguir. Porque “escribían fácil” y así rompían el paradigma de escritura que proponía la Academia. Porque eran populistas y por lo que significa serlo. Estas críticas son posibles, tal vez, porque su escritura no venía de grandes producciones teóricas, sino, sencillamente, de una perspectiva siempre alerta. Esto nos permite pensar que la catalogación negativa de “escritura simplista” no es más que eso, una rotulación que fue puesta sin pensar que esa es también una decisión. Es una acusación que se lanza sin pensar que del otro lado hay un lector que debería verse como lo que es: un semejante, un par, no un “otro” que refleja la barbarie y busca a través de la lectura la sabiduría. Aunque se busque seguir perpetuando la idea de lo popular orientado a desacreditar a quien se lo aplica, el populismo como “ser amistoso con la clase baja –sea en términos de políticas concretas o simplemente de manera discursiva– o tomar medidas (o tener “estilos”) que desagradan a las élites” (Adamovsky, 2015), del otro lado seguiremos estando quienes pensamos que es la forma de alcanzar una sociedad más igualitaria e inclusiva, pero no solo en aspectos económicos, sino también sociales y culturales: en la escritura como tema que nos compete. Es entonces tomar decisiones a la hora de escribir en clave de pensar al lector como sujeto y actor político, como un igual al que trataremos de llegar, interpelar y hasta conmover. La sencillez con la que escribieron Arlt y Soriano, razón por la que fueron duramente criticados, es la que les permite lograr la contundencia que buscaron para narrar lo que vivía la sociedad argentina y es lo que consigue establecer su vigencia como clásicos. Ésta también será una decisión ética y política: ser populistas también en la escritura.

Bibliografía

- Adamovsky, E. (2015) “¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo?”. En *Revista Anfibia*. [en línea]. Consultado el 28 de mayo de 2017 en: <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/de-que-hablamos-cuando-hablamos-de-populismo-2/#sthash.1h05zL1M.dpuf>.



- Editorial de *Clarín* (2002). “Qué queda de Osvaldo Soriano, a cinco años de su muerte”. En diario *Clarín*. [en línea]. Consultado el 28 de mayo de 2017 en: https://www.clarin.com/sociedad/queda-obra-osvaldo-soriano-anos-muerte_o_HyeClIgAYg.html.
- Frieria, S. (2003). “Apuntes sobre un clásico entrañable”. En *Página/12*. [en línea]. Consultado el 28 de mayo de 2017 en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/17-15408-2003-03-29.html>.
- Frieria, S. (2004). “Aquél que nos contó cómo éramos”. En *Página/12*. [en línea]. Consultado el 26 de mayo de 2017 en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/espectaculos/6-34186-2004-04-17.html>.
- Merlín, N. (2016). “La pesada herencia: el pueblo”. En *Página/12*. [en línea]. Consultado el 27 de mayo de 2017 en: <https://www.pagina12.com.ar/7589-la-pesada-herencia-el-pueblo>.